



El viejo rescatador de árboles

*Para Pepe, quien inspiró esta pequeña historia.
Con mi amor, Gloria.*

Primera Parte

Intentaré contarles una historia. Sucedió no hace tanto tiempo y probablemente se vuelva a repetir como casi todas las historias que andan por ahí dando vueltas por el mundo. No me pregunten cómo es que la conozco. La conozco porque sí, nada más. No todo puede tener una explicación.

En esta historia, por ejemplo, hay cosas difíciles de comprender. Y les digo que “trataré” de contarla porque es muy probable que olvide algunos detalles o los nombres de ciertos personajes. A veces no es fácil mantener todo en la memoria. Sé que ustedes lo van a entender.



Uno



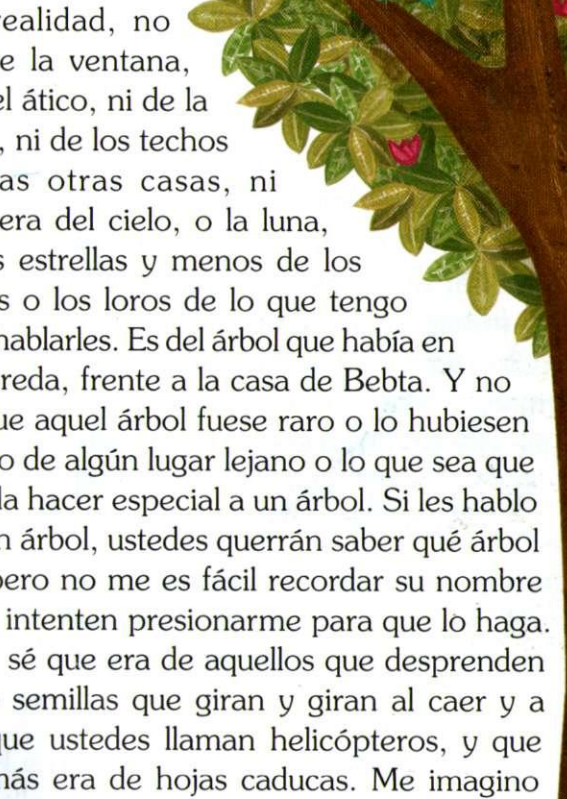
El hombre de esta historia se llamaba Bebta. Lo recuerdo bien por lo extraño de su nombre; nunca lo había escuchado, y soy alguien de muchos lugares, claro que sí. Pero no se preocupen o se pongan a hojear libros tratando de encontrar su origen o su significado. No es tan importante. Lo relevante es el personaje y la historia que tengo que contarles.

Pongan atención para que puedan atarse al extremo de su hilo y seguirme.

Este hombre, que se llamaba Bebta, vivía en una casa grande y antigua, de esas que ya casi no se ven en las ciudades. Entre muchas otras cosas —aquí he olvidado algunos detalles—, la casa era de dos pisos, con un ático que tenía una pequeña ventana en el techo. A Bebta le gustaba aquella ventana, le gustaba aquel ático, aunque se demorara un tanto en llegar hasta él (tenía que subir mucho por una escalera muy



estrecha) y en ocasiones terminaba bastante cansado (Bebta era lo que suele llamarse “un hombre de la tercera edad”). Le agradaba porque desde ahí podía apreciar mejor el cielo, la luna, las estrellas, el resto de la calle, los techos de las otras casas; podía incluso corretear a los gatos cuando andaban de parranda y también contemplar más de cerca las bandadas de loros que, de vez en cuando, cruzaban la ciudad. Pero,



en realidad, no es de la ventana, ni del ático, ni de la casa, ni de los techos de las otras casas, ni siquiera del cielo, o la luna, o las estrellas y menos de los gatos o los loros de lo que tengo que hablarles. Es del árbol que había en la vereda, frente a la casa de Bebta. Y no es que aquel árbol fuese raro o lo hubiesen traído de algún lugar lejano o lo que sea que pueda hacer especial a un árbol. Si les hablo de un árbol, ustedes querrán saber qué árbol es, pero no me es fácil recordar su nombre y no intenten presionarme para que lo haga. Solo sé que era de aquellos que desprenden unas semillas que giran y giran al caer y a las que ustedes llaman helicópteros, y que además era de hojas caducas. Me imagino

que saben lo que es "hoja caduca", ¿o no? Bueno, si no lo saben, lo averiguarán. También sé que era un buen lugar para que los pájaros hicieran sus nidos. Nada más.

Necesito hablarles del árbol porque es parte vital de esta historia. Y también, acaso esto es más importante aun, porque Bebta lo amaba. No porque fuese grande, de ramas firmes y extendidas hacia el cielo y hacia los árboles cercanos, y frondoso, de hojas verdes y brillantes en verano, con una sombra capaz de refrescar a los que transitaban por la vereda del frente, lleno siempre del canto de aves y ruidos de insectos. No. Era solo que Bebta amaba a todos los árboles, a todas las plantas que crecían en su jardín y más allá.

Bebta amaba la vida.

Dos



El jardín de Bebta no era pequeño. Como ya dije, ¿lo dije, no?, su casa era una de esas grandes y antiguas. Estaba casi en el centro de un gran terreno que ocupaba cerca de media manzana, lo que causaba la envidia de muchos de sus vecinos. A pesar de vivir solo, Bebta nunca la había querido vender. Algunos parientes y amigos, en su afán por protegerlo, lo habían tratado de convencer para que se trasladara a un pequeño pero cómodo departamento cercano a algún centro comercial, con ascensor, portero eléctrico, conserje y citófono que le dieran seguridad.

Cada cierto tiempo llegaban también los corredores de propiedades, atraídos no tanto por la casa, que era vieja, sino por el gran terreno.

—Le ofrecemos muchos millones de pesos por ella —le proponían unos.

—Mucho más de lo que realmente vale —le aseguraban otros.

—Lo que usted pida —le prometían los más atrevidos.

—No.

—No.

—No.

Bebta les decía siempre que no. Él jamás la vendería. Nunca. Porque Bebta era feliz allí, con su gran árbol al frente de su casa, su jardín, su patio de atrás y su parrón.

Si pueden hacerlo, traten ustedes de imaginarse la vida de Bebta. Ahora ya estaba un poco viejo. Se notaba en la forma pausada que tenía de caminar, la espalda levemente curvada, y su mirada más apagada de lo que seguramente lo fue en su juventud, por la carga de recuerdos tal vez.

En sus comienzos él había sido contador de varias empresas, y se había casado, pero no tenía hijos. Ahora su esposa no estaba, había

muerto hacía unos años y él solo se ocupaba de llevarle la contabilidad a un viejo amigo gordo que tenía un boliche a tres cuadras de su casa. Eso era suficiente para vivir tranquilo, pues, además, recibía su jubilación. Con el dinero que su amigo le pagaba por la contabilidad, Bebta compraba tierra de hoja. Sé que a ustedes les parecerá raro, porque él no era jardinero y además uno no puede gastarse todo el dinero que recibe en comprar tierra de hoja. A mí también me lo pareció en un comienzo, es decir, cuando me lo contaron, pero como ya lo dije, ¿lo dije, no?, él amaba su jardín y gastar en él le parecía lo mejor del mundo y lo más natural.

Su vida no era complicada, al menos a simple vista. En las mañanas se levantaba muy temprano, y después de asearse, se dedicaba a regar los árboles que tenía al lado afuera de su casa, en la vereda: el grande, del que ya les hablé, y dos más pequeños, que se repletaban de flores rosadas en primavera. También cuidaba con esmero un poco de pasto que había logrado sobrevivir, a pesar de que los niños del barrio lo pisoteaban cada cierto tiempo

jugando a la pelota. Una de sus tareas era arrancar la maleza que siempre amenazaba con destruirlo.

Bebta tenía todo lo que deseaba.

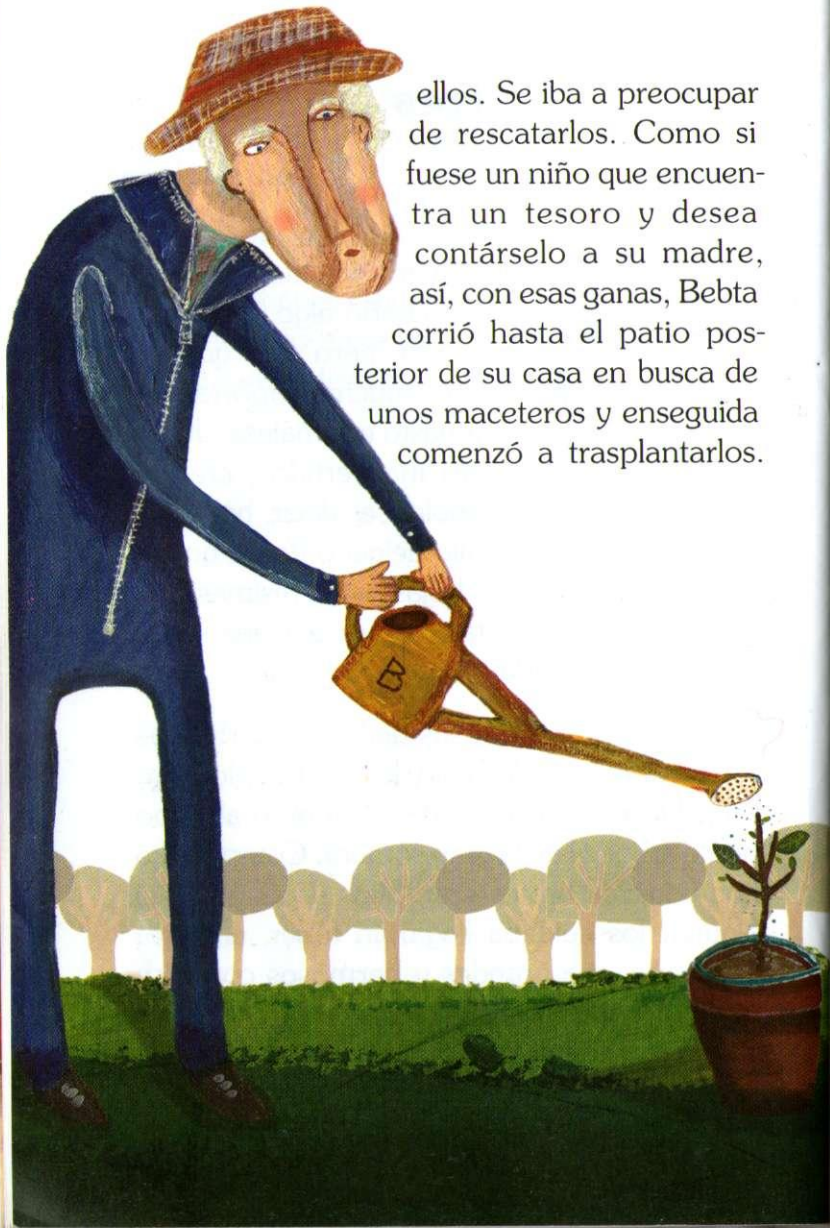
Sin embargo, su apacible existencia iba a cambiar. Y lo haría una de aquellas mañanas en las que se dedicaba a desmalezar el jardín.

Tres



Bebta estaba arrancando la maleza cuando descubrió algo que antes había notado, pero a lo que no había dado mucha importancia: no todo lo que no era pasto era maleza. Junto a ella, y pasando casi inadvertidos, crecían también pequeños árboles, es decir, bebés de árboles. Tenían un tallo delgado desde donde asomaban una o dos hojas pequeñísimas, tiernas y verdes, cubiertas todavía por una suave capa aterciopelada.

Bebta separó con sus dedos la hierba que estaba alrededor de ellos y los contempló largo rato. Después se puso de pie y miró al imponente árbol, el de la gran sombra. Comprendió que aquellos brotes eran hijos de él y que si alguien los cuidaba llegarían a ser, al pasar el tiempo, tan grandes y hermosos como su padre. Bebta decidió no arrancarlos. Más que eso. Resolvió que desde ese día iba a cuidar de



ellos. Se iba a preocupar de rescatarlos. Como si fuese un niño que encuentra un tesoro y desea contárselo a su madre, así, con esas ganas, Bebta corrió hasta el patio posterior de su casa en busca de unos maceteros y enseguida comenzó a trasplantarlos.

trasplantarlos. Para hacerlo tuvo que prestar mucha atención, porque las raíces, los tallos y las hojas de los bebés de árboles son muy frágiles y tiernas, y se rompen con mucha facilidad. Más tarde, y sin apuro, los puso al resguardo de la sombra del parrón, que también estaba en el patio posterior de su casa, y los regó, uno por uno, lentamente, dejando caer en los maceteros suaves gotitas de agua que la tierra absorbió con ansias.

Bebta no supo, porque es muy difícil para los hombres saber los sentimientos de la naturaleza, que aquella mañana el gran árbol del frente de su casa se sintió feliz como nunca antes. Casi una decena de sus hijos estaba a salvo.

No quiero aburrirlos deteniéndome en detalles que puedan parecerles sin importancia, como que las hojas del gran árbol se pusieron más brillantes y sus ramas llenaron el aire de aplausos y desde ese día abrigaron a más pájaros y dieron cabida a más insectos. Sin embargo, es preciso que ustedes sepan que a partir de ese momento la principal preocupación de Bebta fue rescatar a aquellos bebés de

árbol. Siempre que desmalezaba el jardín del frente de su casa, lo hacía con sumo cuidado para no arrancarlos.

—Vamos a ponerte en un lugar mejor, más protegido —le susurraba cuando encontraba alguno.

Y lo sacaba, lo llevaba hasta el patio interior de su casa y lo ponía junto a los otros arbolitos que crecían en maceteros a la sombra del parrón.

Estaba bien, muy bien.

Solo que Bebta comenzó a salvar también a los pequeños árboles que crecían en el pasto de la casa del frente y en la del lado, y al pasar los días, cada vez que iba a comprar o a caminar por las calles de su barrio, llevaba una pequeña bolsa con tierra por si encontraba alguno para rescatar. Y siempre regresaba con varios. A veces, con muchos. Y esto no habría sido problema si solo hubiese ocurrido durante esa primavera. Pero sucedió que Bebta continuó rescatando árboles por muchos, muchos meses. Y años.

Se convirtió en un rescatador de árboles.

Piensen lo que sucedió entonces.

El patio de su casa, su gran patio, aquel terreno que era codiciado por los corredores de propiedades, por el que le ofrecían millones de pesos, poco a poco se fue llenando de maceteros, bolsas y toda clase de tientos que pudieran contener un árbol pequeño. Sin que el propio Bebta se diese cuenta, de pronto el espacio debajo del parrón ya no le bastó, por lo que tuvo que ocupar el resto del patio, los pasillos de acceso a él, el antejardín. Al comienzo, Bebta fue dejando o se fue haciendo caminos para desplazarse entre ellos y así regarlos y cuidar que crecieran sanos, sin pestes y esas cosas. Pero como cada día rescataba más y más y más, aparte de los que ya tenía, el espacio se fue llenando rápidamente. Cada día que pasaba tenía que dejar los árboles prácticamente uno junto al otro, hasta que no le quedó más remedio que ocupar el espacio que había en los balcones.

En verdad, a Bebta no le importaba, porque eso era lo que él quería hacer: rescatar árboles.

Pero su casa fue tomando un aspecto muy extraño. Para empezar, ya no tenía jardín, es decir, ya no contaba con aquel jardín con pasto y algunas matas de arbustos e incluso un par de rosales. Ahora eran solo árboles. Nada más que árboles. Si uno miraba la casa desde afuera o desde la vereda del frente, la veía rodeada completamente por ellos. La casa misma parecía un extraño y gran árbol con ramas que se asomaban de sus ventanas, de los balcones, de la chimenea, casi, casi desde el techo. Miles de matas, medianas, pequeñas, más grandes, miles y miles de árboles iban creciendo y creciendo cada día más y más. Algunos cientos incluso colgaban desde las panderetas como si fueran plantas en maceteros. La casa había quedado dentro de un gran bosque. Finalmente, ya prácticamente no se veían las ventanas. Era poco menos que imposible entrar o salir de ella.

Estoy casi seguro de que ustedes se preguntarán por qué Bebta hacía tal cosa. Es decir, uno puede entender que quisiera rescatar árboles, unos pocos, tal vez por su gran amor por la naturaleza. Pero, ¿tantos?, ¿para qué?

Yo creo que ni el mismo Bebta lo sabía. Pero eso tampoco le importaba. Él, simplemente, no se hacía tales preguntas. No, porque cada vez que rescataba un pequeño árbol en riesgo de ser pisoteado o arrancado, Bebta sentía algo especial en su corazón. Un pequeño cosquilleo. Como esas ganas de llorar y de reír a la vez. En realidad, él experimentaba una gran felicidad. Y el gran árbol del frente de su casa, también. Aunque Bebta no lo supiera.



Cuatro



Sin embargo, Behta no vivía solo en este mundo. Nadie, aunque así lo parezca, vive solo. Por mencionar algo, están nuestros vecinos. A veces son buenos vecinos y otras, no tanto. Incluso pueden llegar a ser nuestros amigos de toda una vida. Algunos se preocupan de las personas que viven en las casas de al lado o del frente o de más allá. A otros nos importa el aspecto que tiene nuestra calle; queremos que las veredas estén limpias, los árboles y jardines bien cuidados, ¿o no? Bueno, a los vecinos de Behta les interesaba mucho, tal vez demasiado, lo que estaba sucediendo con la casa del viejo. Más que preocuparles el anciano, les preocupaba la propiedad.

Fue por eso que empezaron a murmurar.

—¡Pero qué hombre tan raro!

—¡Qué le pasa al viejo Bebta! ¿Acaso se está volviendo loco?

—¿Han visto como tiene su casa llena de árboles?

—¡Eso ya no es casa! ¡Es una selva! ¡Bebta se está volviendo loco!

—¡Es horrorosa! ¡Ha de estar llena de bichos, arañas, culebras!

También comenzaron a criticar el aspecto de Bebta..., que era algo que no quería mencionar, pero que necesariamente tendré



que hacer para que comprendan esta historia. Sí, su aspecto había desmejorado mucho en el último tiempo. Hay que reconocerlo. La mayoría de las veces andaba con un especie de mame-luco ancho de tela azul desteñida, con dos bolsillos enormes de los que siempre colgaba una bolsa con una matita de árbol a cada lado. Antes de ser un rescatador

de árboles, siempre lucía afeitado y llevaba el pelo corto, pero ahora se había dejado crecer el cabello y la barba con el pretexto de que no le quedaba tiempo para sí mismo, pues debía preocuparse de sus árboles. En los días de calor, y también en los de frío, usaba un gran sombrero de paja que lo hacía parecer un espantapájaros, sobre todo porque Bebta era flaco y largo y tenía un aspecto desgarrado. Se bañaba todos los días, pero a las dos horas lucía sucio y sudoroso por lo mucho que trabajaba rescatando árboles, buscándoles un espacio, cambiando a los que iban creciendo desde tiestos pequeños a más grandes. En las noches se acostaba exhausto. Por supuesto, para los vecinos era incomprensible la conducta de Bebta. No conocían sus sentimientos, así como tampoco él conocía mucho el sentimiento que despertaba en los demás. Por eso se sentía feliz haciendo lo que hacía. Rescatando árboles. Dándoles un hogar en su casa. ¿A quién podría molestarle?

Sin embargo, su felicidad no se prolongaría por mucho tiempo.

Duró hasta el día en que unos niños comenzaron a gritarle ¡Viejo loco, viejo loco! ¡Miren, ahí va el viejo loco de los árboles!

Es una pena que tenga que llegar a esta parte, pero es así. Lo terrible del caso es que Bebta, con esto de los árboles, se puso un poco enojón. Bastante, en honor a la verdad. En su afán por cuidarlos, no dejaba que nadie los tocara. Si por casualidad alguien, ya sea el hombre que iba a tomar el estado de la luz o el que registraba el medidor del agua, le pasaba a llevar alguno o le quebraba alguna rama, Bebta reaccionaba en forma violenta. Los trataba de torpes e inútiles y regresaba al interior de la casa mascullando palabrotas. Los niños pasaron a ser sus principales víctimas, pues desde el jardín de Bebta las pelotas de fútbol dejaron de ser devueltas a sus dueños.

—¡Vayan a jugar a otro lado, chiquillos maldadosos! —les gritaba desde dentro.

—¡No pienso devolver más pelotas!

—¡Váyanse a jugar a otra parte, que aquí lo único que hacen es romper mis árboles!

Por eso fue que los niños comenzaron a llamarlo *viejo loco*, *maniático*, *chiflado*. Y que sus padres y abuelos lo vieran como un anciano déspota e indeseable.

Lo peor de todo era que Bebta, después de vociferar, se arrepentía, porque él amaba también a las personas y sobre todo a los niños. Suspiraba y se decía a sí mismo que estaba exagerando las cosas y que la próxima vez trataría de ser más amable. Realmente a él no le gustaba que le dijeran *viejo loco*, que le gritaran *¡Ahí va el viejo loco de los árboles!*, que se rieran de él cada vez que lo veían. A nadie le gusta recibir burlas, el desprecio de los vecinos. Es malo ser blanco de las risas de los niños y de las críticas ácidas y duras de los adultos.

Casi todos, excepto su amigo el del boliche, comentaban que Bebta era un vecino insoportable, un viejo furibundo, intratable, y que además su casa era un desastre, afeaba el barrio; que un barrio completamente remozado y rejuvenecido como aquel no podía tener esa horrible casa llena de árboles y menos a ese

loco recorriendo las calles con ese mameluco sucio y gastado, ese sombrero lleno de hojas secas, y que además gritoneaba a los niños cada vez que caía una pelota en su jardín. Bebta sabía que en alguna medida él era el responsable de haber dejado que las cosas llegaran a ese extremo. Pero, realmente, no comprendía bien cómo había ido sucediendo todo.

A veces, mientras trabajaba con sus árboles, pensaba:

—Primero fue rescatar los árboles.

—Después, rescatar más y más árboles.

—Finalmente, enojarme con los niños cuando lanzan la pelota a mi patio y lastiman a alguno.

Pero es que nadie conocía lo que había en su corazón. Nadie podía entender lo difícil que era para Bebta ver a uno de sus pequeños árboles con una rama quebrada por la acción de un golpe o un descuido, ya que él les dedicaba su atención casi todas las horas del día.

Su amigo, el del boliche, le decía:

—Vas a tener que solucionar este problema.

—¿Por qué no dejas solo los árboles más grandes?

—¡No rescates más árboles!

—Por último, deshazte de algunos.

Pero ¿cómo escoger cuáles debían salvarse y cuáles no? No podía quedarse tranquilo dejando que algunos crecieran y otros murieran. Se sentía responsable de ellos. De todos ellos.

Hasta que una tarde, conversando con su amigo, compartieron una idea que les pareció buena.

Cinco



ba a regalar sus árboles a la ciudad!

¡Claro que sí! La ciudad se vería hermosa con ellos. Sería fantástico: delante de cada casa, por lo menos un árbol. Había muchas casas sin un árbol en su entrada, muchos edificios rodeados de concreto y baldosas que en el verano reflejaban solo el ardiente calor. Estacionamientos de supermercados, calles desiertas y frías, sin un árbol que aliviara el caminar de los transeúntes en el verano o alegrara el otoño con su lluvia de hojas amarillas.

—¡Buena idea! —gritó su amigo, quitándose las gafas.

—¡Buena idea! —gritó Behta, abrazándolo.

Esa noche, el viejo rescatador de árboles no pudo dormir. Se quedó eligiendo los

árboles más grandes y firmes para regalarlos a la ciudad. Los fue poniendo uno a uno en una carretilla (recuerden que Bebta no era un jovencito, así que no podía empujar un carrerón muy grande), hasta que ya no le quedaba más espacio. Mientras lo hacía, sentía algo parecido a la felicidad, pues ahora sabía que iban a crecer hermosos como el gran árbol del frente de su casa, y en su patio quedaría lugar para recibir a más, porque de verdad a él le preocupaba mucho no poder seguir salvando árboles por falta de espacio. Eso sí, trataría de mantener una rutina e ir regalándolos a medida que crecieran.

En la mañana muy temprano, después de haber dormido tan sólo tres horas, Bebta salió con su pequeño carrerón. Pero en su emoción y entusiasmo olvidó algo importante: olvidó cambiarse de ropa, ponerse unos pantalones y una camisa limpios en vez de ir por ahí con el mismo mameluco de siempre, sus mismas zapatillas gastadas. Simplemente, se le olvidó porque él pensaba solo en sus árboles. Casi se había olvidado de sí mismo.



Imaginen la escena de esa mañana: después de abrir la vieja puerta de su antejardín y sacar la carretilla, se le hace difícil volverla a cerrar. Los árboles que escogió son los más grandes y ya sobrepasan su altura. Es el inicio del otoño y algunos ya están comenzando a perder sus hojas. Antes de disponerse a caminar, mira hacia ambos extremos de la calle. No hay nadie. Lo que sucede es que es sábado, mucha gente no trabaja y los niños no van al colegio. Pero Bebta no se ha acordado de ello. Para él, todos los días son iguales. Porque ya no sale a trabajar, es jubilado, recuerden.

Aquella mañana comenzó a tocar los timbres de las casas de sus vecinos. Es fácil imaginarse lo que ellos le respondieron cuando se asomaron somnolientos por las ventanas.

—¿Está usted loco? ¡Andar ofreciendo sus estúpidos árboles a estas horas de la mañana!

—¿Qué cosa dice? ¡No le entiendo! ¿Que me quiere regalar un árbol?

—¡No quiero más árboles! ¡Cómo se le ocurre venir a molestar!

—¡No es nadie, mamá! ¡Es el viejo loco de los árboles!

Aun así, Bebta no se dejó abatir. Continuó toda la mañana recorriendo las calles, golpeando las puertas. Pero en la mayoría de las casas sucedió lo mismo. Aun cuando ya se acercaba el mediodía y todos ya estaban perfectamente despiertos, los hombres, las mujeres y los niños le respondían mal, en especial aquellos que lo conocían. Y los que no lo habían visto nunca, solo se fijaban en su aspecto y lo rechazaban antes siquiera de que Bebta pudiera explicarles que los árboles eran regalados y que él mismo se iba a preocupar de plantarlos. Es lamentable decirlo, pero muchos solo se dejaban guiar por la apariencia desarrapada de Bebta. La mayoría.

Imaginen ahora a Bebta volviendo a casa: es tarde, más allá de la hora en que todo el mundo suele dormir la siesta. El día está nublado, gris. Bebta está cansado, pero más que eso siente unos enormes deseos de gritar y de llorar. Amastra los pies y apenas puede empujar su carretilla que está tan llena y pesada como en

la mañana. En su corazón solo lleva una gran interrogante:

—¿Qué haré ahora con mis árboles? ¿Qué será de ellos?

Seis

Es una bendición tener a alguien que nos comprenda. Así lo sintió Bebta al día siguiente, cuando fue por el pan al boliche y le contó a su amigo lo mal que le había ido el día anterior. Este lo escuchó con atención y lamentó lo que le estaba sucediendo. Pero también le dio una idea:

¿Y por qué no vas a la municipalidad y los ofreces? ¡A lo mejor después te das el gusto de ver tus árboles en las plazas y en los parques y hasta en el frente de cada casa donde antes los rechazaron! ¡Anda, Bebta, no te desanimes, hazme caso!

Bebta le dio un fuerte apretón de manos y regresó a casa más animado. ¡Eso haría! ¡Iba a llamar a la municipalidad o, mejor aun, iría personalmente y pediría hablar con el alcalde si era necesario!

La mañana venidera Bebta, se levantó más temprano y más descansado también, porque había dormido toda la noche y hasta tuvo un maravilloso sueño en el que veía a todos sus árboles ya grandes y robustos creciendo sanos en los parques de la ciudad. Esta vez se preocupó de asearse y vestirse en forma adecuada, es decir, dejó el mameluco en casa y se puso un terno antiguo que usaba en sus tiempos de contador. Le quedaba un poco ancho, pero solo un poco.

Sin demora, salió en dirección a la municipalidad. Cuando llegó, el lugar estaba atochado de gente. Hacía mucho que Bebta no iba a un lugar público a realizar un trámite, así es que le costó aproximarse hasta la ventanilla correspondiente. De verdad, la sala estaba atestada de gente con papeles y caras aburridas y ceños fruncidos. Algunas personas se paseaban de acá para allá cargadas de una impaciencia que no podían disimular.

—Necesito hablar con el encargado de forestación —le dijo a la mujer que estaba detrás de la ventanilla.

Esta le dio una tarjeta.

—¡Va a tener que esperar algunos minutos, porque el encargado se encuentra en una reunión con el personal! —le respondió casi sin mirarlo.

Aquella mañana, Bebta estuvo casi hasta las doce sentado en la sala de espera de la oficina municipal. Vio como, poco a poco, los asientos se fueron desocupando y el ruido fue dejando espacio al silencio. Cuando ya casi pensaba que no lo iban a atender ese día, el secretario del encargado de forestación lo llamó desde una puerta ubicada al fondo de la sala. En ese momento sintió que su corazón comenzó a acelerarse más y más.

Tal vez sea difícil para nosotros comprenderlo, pero era lo que le sucedía a Bebta. Casi no podía respirar. En su mente pudo ver las camionetas de la municipalidad llegando hasta su casa para retirar cientos y cientos de árboles. Se imaginó la ciudad poblada con sus hermosos árboles dando sombra a las veredas, a los estacionamientos, cubriendo de verdor plazas y parques. Lleno de emoción, caminó

hasta encontrarse frente al escritorio del encargado de forestación. Era un hombre de cuello delgado y corbata de pequeños lunares lilas. Estaba revisando unos papeles y apenas levantó la mirada para decirle:

—Explíqueme.

—Mi nombre es Bebta.

—Explíqueme.

—Está bien. Vengo porque tengo unos árboles que pueden plantarse en la ciudad, en los parques, en las plazas, creo que les pueden ser...

—No es posible.

—¿Cómo?

—No es posible. Ya tenemos todo el plan de forestación de aquí a cinco años. No hay presupuesto.

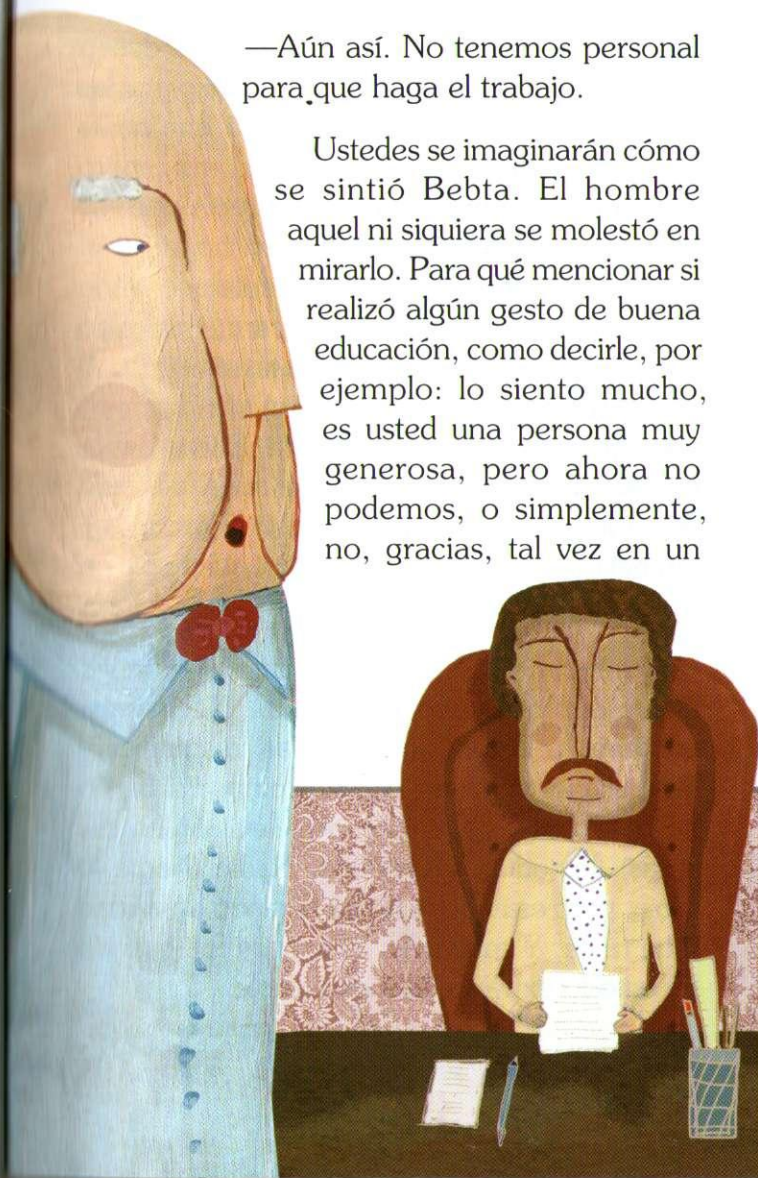
—Pero yo...

—¡No es posible, señor!

—¡Pero yo les voy a regalar los árboles, no a vender!

—Aún así. No tenemos personal para que haga el trabajo.

Ustedes se imaginarán cómo se sintió Bebta. El hombre aquel ni siquiera se molestó en mirarlo. Para qué mencionar si realizó algún gesto de buena educación, como decirle, por ejemplo: lo siento mucho, es usted una persona muy generosa, pero ahora no podemos, o simplemente, no, gracias, tal vez en un



tiempo más. Bebta estaba demasiado decepcionado para seguir insistiendo. Le dijo gracias al hombre y salió del lugar. Sintió que nadie lo comprendía. Más aún, se sintió muy, pero muy apesadumbrado porque parecía que sus árboles nunca encontrarían otro hogar, y el suyo, había logrado darse cuenta, se haría cada día más insuficiente. Experimentó algo de ira también, porque, después de todo, él no era un viejo loco como creían sus vecinos o aquellos niños que lo insultaban. Él era Bebta, el rescatador de árboles, el que tenía la ilusión de verlos crecer, de que fueran tan grandes y tan hermosos como el gran árbol que había en la vereda, frente a su casa.

Esa noche, como casi todas las noches, Bebta subió al pequeño ático. Necesitaba contemplar el cielo, las estrellas, respirar aire en el silencio final del día. Los niños del barrio no lo sabían (estaban viendo televisión en sus casas), los adultos tampoco. Nadie. Nadie lo sabía, pero esa noche Bebta se sintió de verdad muy triste. Y muy solo. Entonces fue cuando sucedió lo extraño, lo inexplicable.

Segunda Parte

Pero antes... Si desean seguir escuchando o leyendo esta historia, según sea el caso, deben tener el corazón muy abierto. No los ojos, porque los ojos solo sirven para ver lo que se puede ver. Ya lo dije. Abierto el corazón. O el alma. O como quieran llamarle a esa parte de nosotros que tampoco podemos ver con los ojos.



Siete



Bebta estaba contemplando las estrellas desde su ático..., ¿les dije que la casa tenía un ático, no es cierto? Sí. Ya lo recordé. Bueno, Bebta estaba contemplando las estrellas desde el ático de su casa, cuando de pronto empezó a oír un suave murmullo. Por un momento pensó que se le había quedado encendido el televisor, pues antes de subir había estado mirando las noticias, pero no, el sonido no provenía del interior de la casa, sino de afuera. Al comienzo creyó que podía ser la brisa que siempre se quedaba revoloteando entre las ramas de los árboles. Pero tampoco. La noche estaba quieta. Más quieta que nunca, quizás. Nada parecía moverse, salvo el titilar lejano de las estrellas. Entonces Bebta decidió abrir la ventana y tratar de mirar más allá. Corría una suave brisa fría que de a poco le fue helando la punta de la nariz, pero eso no le importó. Giró la cabeza hacia la derecha y hacia la izquierda, “paró las orejas”,



como dicen algunos o, en un lenguaje menos coloquial, se quedó largo rato tratando de identificar desde dónde provenía aquel sonido. Entonces se fue dando cuenta de que el murmullo no venía de ninguna otra casa, ni de la calle, ni de allá abajo alrededor del jardín. El sonido provenía del árbol.

Del centro del follaje, quizás, o desde dentro de él. Behta no lo podía precisar. En realidad, trató de ver el ruido, algo muy difícil porque los ruidos se escuchan, no se ven, pero Behta insistió en ver el ruido; sin embargo, las ramas hacían sombras que se lo impedían, además la noche de verdad estaba oscura. Era una noche sin luna. Una noche extrañamente quieta y silenciosa, salvo por aquel murmullo. Fue entonces cuando Behta se percató de que aquel ruido no era exactamente un murmullo, es decir, había dejado de serlo. Desde el instante en que él se había asomado a la ventana, poco a poco aquel sonido se había ido aclarando, despejando, para convertirse en algo parecido a una voz. Pero no el tipo de voz a la que estamos acostumbrados. Era diferente, como un soplo, un aliento suave, grave y profundo que provenía desde la escasa frondosidad del árbol. Recuerden que era un árbol de hojas caducas y que estaba comenzando el otoño. En aquella terrible oscuridad, en aquel profundo silencio, la voz comenzó a dibujarse en palabras. Las palabras del árbol. El gran árbol del frente de su casa le estaba hablando.

—Estás un poco triste, ¿no?

En ese momento, Bebta estaba mirando hacia los lados. Pero no pudo seguir haciéndolo. Sus ojos, su cuerpo entero se detuvo. Por un segundo sintió que su corazón dejaba de latir, pero enseguida, como si se hubiese vuelto loco, le empezó a palpar rápido y fuerte. Podía escuchar sus grandes y poderosos latidos cada vez más fuertes y más apresurados, los sentía en sus oídos, en las sienes, en las venas de su cuello, en el estómago. ¡No, no podía ser cierto! Seguramente se había quedado dormido y estaba soñando.

—¡Todo no es más que un sueño! ¡Todo no es más que un sueño, todo no es más que un sueño! —se repitió decenas de veces, tal como lo hacía cuando de niño algo le causaba miedo. ¡Era imposible que un árbol hablara! Eso le decía su mente de persona sensata.

Pero entonces otra vez escuchó aquella voz, ahora antecedita de un pequeño carraspeo:

—¡No te asustes, Bebta, no te está sucediendo nada malo! ¡Soy yo, el árbol grande del frente de tu casa!

La voz era amigable. Y las palabras, también. Sin embargo, Bebta se sentía demasiado asustado como para ponerse a pensar en ello. Se dijo que quizás todos los que lo llamaban loco tenían razón. Pero lo pensó solo un instante, pues inmediatamente experimentó unos irrefrenables deseos de escapar. Tal vez no era que se estuviese volviendo loco. Seguramente estaba demasiado cansado y también muy triste y solo. Entonces cerró la ventana y bajó apresuradamente las escaleras, lo más rápido que pudo, hasta que llegó al segundo piso, donde estaba su dormitorio. Se acostó, pero solo logró conciliar el sueño en la madrugada, cuando los pájaros ya comenzaban a trinar.

Durante el día, mientras realizaba sus quehaceres, en tanto cuidaba a sus miles de árboles y se preparaba algo de comer, no podía sino recordar lo que le había sucedido. Lo que pasaba es que, como a todos los seres humanos, a veces a Bebta le costaba reconocer la verdad. Y la verdad era que el árbol sí le había hablado. Así es que cuando comenzó a caer la tarde, decidió que por nada del mundo subiría

al ático esa noche. Aunque necesitara mirar las estrellas, o dejar escapar su mente hacia el cielo y olvidar que todos lo creían loco y que además aún no podía encontrar un lugar donde plantar sus árboles, no subiría al ático. No podía hacerlo. Temblaba solo de pensar en que algo parecido a lo de la noche anterior le sucediera nuevamente. Claro que Bebta no se lo decía de ese modo, él no admitía así tan simplemente su temor y menos reconocía que el árbol de verdad le hubiese hablado. Él se inventó mil excusas:

—Que le dolía la espalda.

—Que había dormido mal.

—Que había tenido pesadillas la noche anterior y ahora tenía mucho sueño.

—Que mejor veía la película que estaban anunciando en la televisión en vez de subir a contemplar las estrellas.

Eran todos pretextos. Es normal tratar de evitar lo que nos produce miedo, ¿cierto? Sin

embargo, las cosas no siempre suceden como uno se las propone, y eso fue justamente lo que le pasó a Bebta aquella noche.



Ocho



Estaba sentado frente al televisor cuando sonó el teléfono: era su amigo, su único amigo, ustedes lo conocen, el medio gordito y miope dueño del boliche al que le llevaba la contabilidad. Después de saludarlo, este le expuso el motivo de su llamado.

—En la madrugada me voy de pesca y se me rompió mi caña justo hace unos minutos. ¿Me puedes prestar la tuya?

En el instante mismo, Behta recordó que sus utensilios de pesca estaban en el ático. Y supo que TENDRÍA QUE SUBIR, porque tampoco era su costumbre dejar de hacer favores cuando le era posible.

—Claro que sí, ven a buscarla —le respondió, sin dejar traslucir el temor que ya estaba comenzando a sentir.

¿Ustedes creen que es motivo de temor el que un árbol le hable a uno? Sinceramente, yo me habría muerto de susto y a lo mejor no me habría atrevido a subir, aunque mi amigo se enojara conmigo. Pero Bebta se obligó a sí mismo a enfrentar ese temor. Decidió que iría por la caña de pescar.

La escala que lo conducía hasta el ático estaba un poco vieja, como casi todo en la casa, así es que mientras Bebta avanzaba por los peldaños podía oír el crujir de las tablas bajo sus botas. Al escuchar aquel ruido, se dio cuenta de que esa noche estaba tan callada y tan quieta como la anterior. Y su corazón comenzó otra vez a apresurarse. Podía sentirlo tal como la noche precedente. Pero Bebta era un hombre valiente, aunque no lo pareciera cuando bajó corriendo las escaleras la noche pasada. Ahora no se dejó atemorizar. Además, le había prometido a su amigo que le tendría la caña y no iba a salir a última hora con el cuento de que el árbol le había hablado y tenía miedo. Eso sí que sería motivo para que hasta su amigo creyera que se estaba volviendo loco. El del boliche era su amigo verdadero y le hubiese creído la historia

del árbol, porque los amigos verdaderos nunca dudan de sus amigos, pero Bebta estaba muy asustado y no quería arriesgarse ni un poco a perder su amistad. Así es que decidió que, por ahora, no le iba a contar y continuó subiendo hasta que estuvo en lo alto.

Cuando encontró la caña se quedó por un momento, menos de un segundo, contemplando al gran árbol que estaba frente a su casa. A través de la ventana solo podía distinguir una parte de él, pero era más que suficiente. Pudo ver sus grandes y fuertes ramas extendiéndose hacia todos lados. Parecía un gigante vigoroso con los brazos en alto buscando estrellas. Bebta se emocionó. Pensó en los cientos, tal vez miles de hijos de ese árbol creciendo allá afuera. Pensó también en los miles de hijos de otros árboles. Entonces permaneció un momento más junto a la ventana. Simplemente, porque no podía apartar los ojos de aquel árbol y también porque necesitaba convencerse de que, en realidad, lo sucedido la noche anterior había sido algo que había imaginado, producto del cansancio y la decepción.

Se quedó un largo rato ahí. Contemplándolo. Y nada sucedió. Es decir, Bebta no escuchó ningún murmullo que se fuera haciendo cada vez más claro hasta convertirse en voz de árbol. Nada. Hasta que, por un impulso inexplicable —ya dije que en esta historia hay muchas cosas que no tienen explicación— a Bebta se le ocurrió abrir la ventana. Algo totalmente fuera de lugar, porque esa noche sí que hacía frío, tanto que se había visto obligado a ponerse unas calcetas más gruesas al caer la tarde. Tal vez Bebta quiso convencerse completamente de que estaba en lo cierto, de que en realidad no había existido murmullo ni voz ni menos palabras, porque él no solo había oído una voz, había escuchado, y muy claramente, unas palabras, unas frases, yo se las puedo recordar si es que las han olvidado, aunque es difícil olvidar una cosa así:

—Estás un poco triste, ¿no? ¡No te asustes, Bebta, no te está sucediendo nada malo! ¡Soy yo, el árbol grande del frente de tu casa!

Bien. Bebta abrió la ventana.

Nueve



Lo hizo para convencerse. Ya lo dije. Y entonces, como si lo estuviera esperando desde hacía mucho, el árbol nuevamente le habló:

—¡Hola, Bebta! ¡Qué bueno que te decidiste a subir a conversar conmigo!

Esta vez su voz fue más clara, más profunda y más fuerte que la noche anterior.

Bebta simplemente se quedó paralizado, no pudo mover ni un músculo de su cara, y menos de su cuerpo. La caña de pescar que tenía en su mano se deslizó hasta caer al suelo.

—¡Deja ya de asustarte, tonto, tú no eres un hombre cualquiera, eres especial! —exclamó el árbol con un ligero tono de impaciencia en su voz—. ¡Deja de actuar como un humano común y corriente!



Entonces Bebta decidió contestarle, aunque realmente le parecía una locura, pero es que en realidad era una locura lo que le estaba sucediendo. Ustedes coinciden en eso, ¿verdad?

Bebta le contestó. A medias, porque debió hacer un gran esfuerzo, primero para sacar el habla, ya que tuvo que despejar la garganta, que más parecía un nudo que un tubo dispuesto a dejar pasar algún sonido; después, para mover los labios. Por supuesto que le salió una voz apenas audible y algo aguda. Y todo lo que logró decir fue:

—¿Cómo sabes mi nombre?

El árbol comenzó entonces a resoplar y a agitarse como si alguien lo estuviese moviendo desde el tronco, aunque era imposible mover a un árbol tan grande. La verdad es que se estaba riendo.

—¡Aaaaah, eres muy simpático! —exclamó, después de calmarse—. ¡Te conozco de

hace tanto; lo menos que puedo saber es tu nombre, cómo no voy a saberlo!

Bebta pensó que sí, que aquel árbol tenía razón, que hacía ya casi cuarenta años que vivía en esa casa y desde siempre había estado ese árbol ahí. En realidad, era un árbol viejo. Iba a contestarle que tenía razón, pero tardó demasiado y entonces el árbol le habló nuevamente.

—¿Viniste a mirar las estrellas?

No es que la pregunta tuviera algo que ver, pero lo hizo recordar a su amigo y la caña de pescar. Y se acordó justo, porque en ese preciso momento escuchó sonar el timbre.

—Alguien te busca —dijo el árbol—, es tu amigo, el del negocio.

—Sí —dijo Bebta, y bajó apresuradamente las escaleras después de recoger la caña de pescar.

Ustedes pensarán que luego de entregarle la caña a su amigo, Bebta volvió a subir hasta el ático para seguir conversando con el árbol. No. Después de entregarle la caña a su amigo decidió quedarse en el primer piso preparándose una leche con chocolate, que era una de sus debilidades. No era que tuviese hambre o muchos deseos de tomar leche chocolatada. Lo que pasaba era que necesitaba darse un tiempo para pensar en lo que le estaba sucediendo.



¡Un árbol le estaba hablando! ¡El gran y hermoso árbol del frente de su casa le hablaba! Era algo terriblemente difícil de creer, aunque muchas personas, y él mismo, pensarán que la naturaleza, las plantas, tenían ciertas formas de comunicarse. Él siempre se había sentido a gusto rodeado de ellas, sentía una gran placidez cuando estaba en su jardín, cuando trasplantaba a sus pequeños bebés de árbol. A menudo les hablaba como se habla a una persona.



—¡Te voy a dejar aquí para que recibas más sol!

—¿Qué te pasa, muchachita, que estás tan triste?

—¡Voy a tener que cortarte algunas ramas, te estás poniendo fea!

—¡Miren lo que les traigo! ¡Vitaminas para que crezcan más lindas!

Bebta pensaba que las plantas podían oírlo, percibir de alguna forma sus cuidados y su amor. Él creía, tal como muchas personas, que las plantas podían moverse de una forma especial y emitir ciertos sonidos casi inaudibles al oído humano. Pero de ahí a que hablaran, que usaran el mismo lenguaje que los hombres, que dominaran el arte de combinar letras, sílabas, palabras, de eso a escuchar sus voces... A oír la voz profunda y grave del árbol que estaba frente a su casa... Y más aún, que el árbol no solo supiera su nombre, sino también conociera a sus amigos..., era algo difícil de entender. Pero ya lo dije, esta historia tiene mucho de inexplicable. También dije, y lo seguiré diciendo

hasta que termine, hay que escucharla con el corazón, ¿lo dije, no? Porque, claro, con el oído solo se oye lo que hace ruido, en cambio con el corazón...

Aunque se sentía asustado y muy confundido, esa noche Bebta decidió que de ahí en adelante iba a tratar de escuchar con el corazón.

Convencido de eso, se fue a dormir.



Diez



laro que Bebta no sabía que él siempre escuchaba con el corazón. Por eso el árbol le había dicho que no era un hombre común y corriente, que era un hombre especial. Por ejemplo, había escuchado con el corazón a ese pequeño brote de árbol aquella vez que estaba desmalezando su jardín, y por eso fue que lo rescató. Y escuchaba con el corazón cada vez que podaba su parra o regaba sus flores o miraba en la lejanía las parpadeantes estrellas o cuando pasaba algún vagabundo pidiendo ayuda por su casa.

Al día siguiente, Bebta se despertó con la sensación de estar viviendo en otro mundo. Y es que no podía sacarse de la cabeza la voz del árbol ni sus palabras ni aquel convencimiento de que sí, efectivamente, le había hablado y no era un sueño. Varias veces durante el día Bebta se quedó mirando con detención al árbol

para descubrir algún indicio. Pero él no le daba ninguna pista. Nada. Entonces, Bebta esperó hasta la noche y subió al ático en busca de una respuesta, alguna razón que explicara lo que le estaba sucediendo. Y estaba en lo cierto.

El árbol tenía un muy importante motivo para hablarle.

Pero eso es algo de lo que se darán cuenta luego.

Esta vez, cuando llegó al ático, abrió la ventana de par en par.

Ustedes seguramente están pensando que el árbol le quería dar las gracias por rescatar a sus pequeños hijos de una muerte lenta, segura y dolorosa, porque morir pisoteado o arrancado de la tierra sin piedad debe doler. Pero no.

El gran árbol del frente de la casa quiso advertir de algo a Bebta y, a través de él, a la ciudad.

Al hablar de ciudad, todos pensamos en las calles, los puentes, las casas y los edificios de departamentos, los medios de transporte, los

colegios, los hospitales, el aeropuerto. Sin embargo, el árbol del frente de la casa de Bebta no pensaba precisamente en los edificios o en las casas o en las veredas o en las calles, ni en los cines ni en nada de eso. El árbol pensaba en las personas, en los niños, en los pájaros, en los perros y los insectos, en los otros árboles, en las flores de los parques, en los pequeños ríos de las afueras, en los gatos. El árbol pensaba en todo aquello que tenía vida.

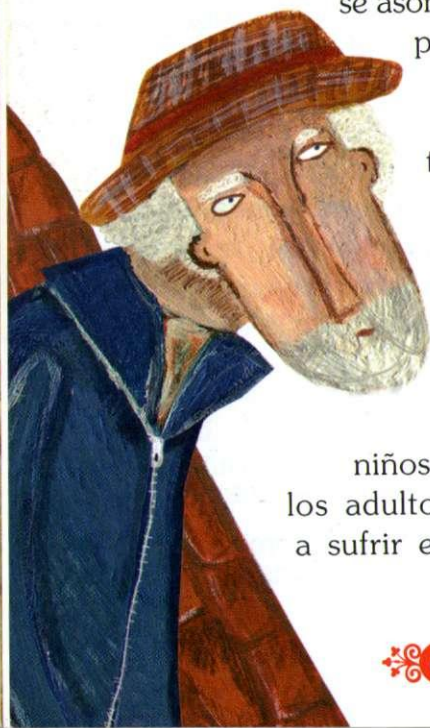
Porque todo lo que tenía vida se encontraba en peligro. Él, por ser un árbol, lo sabía. En realidad, no lo sabía por ser solamente un árbol, sino porque era uno de los árboles más grandes y más viejos de la ciudad. Él podía ver mucho más que lo que veían los otros árboles e, indudablemente, más que lo que podían o querían ver las personas..., la mayoría de las personas, excepto Bebta, claro, que como ya les he dicho muchas veces, era un ser humano muy especial.

Antes de una semana, cuando notó que Bebta le había perdido algo de miedo, el árbol le confesó el porqué intentaba comunicarse con él.

—Quiero que mires al cielo, Bebta, y te fijas en aquella enorme nube negra que se está formando. Es una nube tóxica y cada día crece y crece y crece y se agranda.

Bebta sacó el cuello hacia fuera, es decir, se asomó hasta la cintura para poder mirar y se quedó largo rato en silencio mientras el árbol continuaba:

—Se está convirtiendo en un gran monstruo. Debes ir y advertirles a todos que están a las puertas de una gran desgracia. Primero los niños y los ancianos, luego los adultos, todos comenzarán a sufrir enfermedades, muchos



morirán, algunos antes, otros después. Los pájaros, las ardillas, los perros, los caballos, las mariposas.

Bebta siguió mirando.

—Observa bien —continuó el árbol con voz triste—. Las estrellas ya no tienen el mismo brillo de antes. La luna se ve difusa, pálida, parece que ya no está tan cerca y tiene unos círculos extraños a su alrededor.

Era cierto. Las estrellas parecían pequeños insectos emigrando hacia el infinito. Hasta el contorno de las montañas estaba desapareciendo. Bebta tuvo que quedarse largo rato observando el cielo para darse cuenta de que el árbol tenía razón. Y ese esfuerzo que tuvo que hacer es comprensible porque, después de todo, Bebta era un hombre y los hombres no tienen la misma sensibilidad de los árboles.

—¡Ve donde tengas que ir y adviérteles a todos el peligro que corren! —exclamó el árbol—. ¡Yo sé que tú harás todo lo que puedas para ayudar! ¡Te conozco, Bebta, por esa razón me he atrevido a pedírtelo!

Bebta se asustó un poco. Bueno, el pobre Bebta pasaba de susto en susto, ya lo sabemos. Pero también sabemos que tenía un poco de razón. Últimamente, todo el mundo lo trataba muy mal, y comenzar a hablar de una nube que destruiría la ciudad era algo más que delicado. Aún así, le prometió al árbol que intentaría cumplir con lo que le estaba pidiendo. Aunque tuviera que caminar cuerdas y cuerdas, aunque lo tildaran de loco, aunque nadie lo quisiera escuchar, sentía que debía hacer lo imposible para no fallarle a su árbol amigo.

Bebta empezó por tratar de convencer a sus vecinos.

—¡Don Roberto, mire usted hacia el cielo, hay una nube inmensa que destruirá la ciudad!

—¡Ayúdenme a destruir esa nube! ¡Mírenla! ¡Tenemos que hacer algo!

—¡Señora Josefina, doña Antonia, Joaquín, avisa a tus padres, a los profesores del colegio!

Ustedes ya lo suponen. Ninguno de ellos le hizo caso. La mayoría solo levantó los hombros preguntándose qué nueva locura tenía en mente aquel odioso viejo de los árboles. Recuerden la fama que tenía Bebta en el vecindario, lo que los demás opinaban de él...

Pero no se dio por vencido. No podía defraudar a su amigo. No podía defraudarse a sí mismo.

Decidió que hablaría con el presidente de la Junta de Vecinos. Así es que buscó en la guía de teléfonos el número de la sede vecinal y pidió comunicarse con él.

—El presidente de la Junta de Vecinos está en una reunión con los otros presidentes de las demás juntas de vecinos y no va a regresar hasta mañana —le contestó una voz amable.

Bebta preguntó dónde se realizaba esa reunión, considerando la oportunidad que tenía de dirigirse a un lugar en que pudiera encontrar a todas las autoridades vecinales reunidas.

—Es información reservada —le contestó la voz, ya no tan amable, y le cortó.

Entonces Bebta decidió que iría un poco más arriba en la escala del poder.

Resolvió ir hasta la municipalidad para hablar con algún concejal.

—Están todos en una reunión muy importante con los jefes comunales.

Entonces buscaría más arriba aún.

—¿Y el alcalde?

—Le podemos dar una cita para una semana más. El señor alcalde tiene su agenda completa.

Debería ir a la intendencia. Pediría hablar con el intendente personalmente.

—El intendente anda de viaje.

Con algún diputado o senador.

—Se encuentran resolviendo problemas de Estado. No se les puede interrumpir. De todas formas, les haremos saber su inquietud. Nos preocupan mucho las inquietudes de la gente —le explicó el secretario del secretario de la secretaria del Congreso.

Con algún obispo. La Iglesia también tiene poder, se dijo Bebta, pensando que de ninguna manera iba a claudicar.

—Eso no le compete a la Iglesia. Debe usted hablar con algún dirigente vecinal.

—¿i.....!?

Aquella noche, Bebta llegó a su casa, se sentó en el sillón, se sacó las botas y pensó que debía dormirse de inmediato para poder reanudar sus esfuerzos al día siguiente. Antes, subió al ático. Seguramente su amigo estaría esperándolo para saber cómo le había ido.

—No me fue bien —le dijo, un tanto apesadumbrado, al árbol—. Todo el mundo parece estar muy ocupado.

Tercera Parte

Es un poco triste relatar lo que sucedió al día siguiente y los que siguieron, así es que no lo voy a contar. Ustedes ya lo suponen.

Ahora, preocúpense de lo que viene a continuación.



Once



e un día para otro, la nube comenzó a cubrir la ciudad. Perdón, me expresé mal. No fue que la nube grande y oscura de un día para otro comenzara a cubrir la ciudad. Fue de un día para otro que las personas de la ciudad se dieron cuenta de que una nube grande y oscura estaba cubriendo la ciudad. Que estaba sobre sus cabezas.

Sí, porque aunque a ustedes les parezca raro, las personas no habían puesto atención hasta ESE DÍA que una nube grande y oscura estaba cubriendo la ciudad. No habían notado que los techos rojos de las casas cada día se veían menos rojos, que los edificios blancos parecían plomos, que las veredas, que ya eran grises, se veían aún más grises. Gris de gris era todo. Hasta el aire era gris. Y ponía grises a las personas, y no solo grises, sino opacas. Feas. Y tristes. O por lo menos, de aspecto triste. El

pelo sin brillo, las mejillas amarillentas. Era tan grande y tan oscura que lo ensombrecía todo. Los rayos del sol apenas lograban traspasarla. Era una sombra sobre las sombras propias de la ciudad.

En la mañana de ESE DÍA, algunos creyeron que estaba a punto de desencadenarse una tormenta, porque el cielo se oscureció como si fuera a llover. Pero encontraron extraño que no corriera absolutamente nada de viento y que además hiciera mucho frío. Siempre que viene una tormenta llega antes el viento, y la mayor parte de las veces no hace tanto frío; más bien, todo se rodea de cierta tibieza. Recuerden, la tibia caricia de la brisa presagiando la lluvia. Bueno, después, cuando no hubo tormenta, a mediodía, otros, o los mismos que pensaron que quizás se avecinaba un temporal, consideraron la posibilidad de que la nube negra se debiera a un incendio producido en algún lugar de la ciudad. Lo raro era que no había olor a humo y ni siquiera se sentían los carros de los bomberos y menos aún a los niños gritando ¡incendio, incendio! Aunque sí había un olor extraño. Pero indefi-



nible. También era raro que en las noticias de la tarde en la TV, las de antes de los dibujos animados, no se hablara de ningún incendio.

Sin embargo, y aunque a todos les parezca algo increíble, así como durante el día se habían dado cuenta de su existencia, asimismo, cuando llegó la noche, todos la olvidaron. La noche con su oscuridad hizo desaparecer la nube negra en el cielo. Algunos comentaron que ese día había sido un día extraño, pero nada más. Pero hubo "unos" que no lo olvidaron. ¿Tienen idea de quiénes pueden ser esos "unos"?

Piensen.

Así es. Ya lo descubrieron.

Bebta: uno. Y el gran árbol: dos. "Unos".

¿Ustedes creyeron por algún instante que ellos lo olvidarían? Pues no. Bebta y el árbol no lo olvidaron simplemente porque ellos no habían dejado nunca de estar pendientes de aquella nube. Llevaban ya muchos días hablando de lo mismo, intentando que la ciudad

los escuchara, o escuchara a Bebta, ya que, es lógico, el árbol no podía moverse y tampoco hablaría con nadie más. Para eso había elegido a Bebta.

La noche de ESE DÍA, como siempre y como se le había hecho costumbre, Bebta subió al ático a conversar con su amigo árbol. Pero en esta ocasión sus ojos pequeños crecieron enormes ante la sorpresa de ver que la nube monstruosa ya se arrastraba por los techos de las casas, por el pavimento de las calles y veredas de la ciudad. Desde su cuerpo se desprendían hilos casi invisibles que buscaban ávidos las chimeneas de algunas fábricas, los tubos de escape de los autos que transitaban aún a esas horas, hilos que se introducían por las ventanas entreabiertas, por debajo de las puertas para engullirse el humo que desprendían las estufas y el de los cigarrillos que consumían algunas personas.

—Sinceramente, ¿habías visto antes algo así?
—preguntó Bebta.

El gran árbol sacudió con desgano sus ramas y, con una congoja difícil de describir, le dijo que no, que nunca, que jamás y que tenía mucho miedo, porque sabía lo que causaban aquellas nubes horripilantes.

—No es fácil luchar contra una nube. No es como luchar contra un dragón o un pulpo gigante o tal vez una planta carnívora, que ya es bastante complicado. En realidad, nadie sabe cómo luchar contra una nube. Y menos contra una nube malévola como aquella.

Bebta no le preguntó a qué se refería, porque ya lo sabía y, además, porque había ciertas palabras que lo impresionaban, que realmente le ponían la piel de gallina. La palabra muerte, por ejemplo, o la palabra destrucción. No le gustaban. En verdad, a nadie le gustan. A mí tampoco, si ustedes me lo preguntan. Debe ser por eso que, por el solo hecho de que alguien las pronuncie dan ganas de luchar contra ellas. ESO le sucedió a Bebta. Sintió que él debía continuar luchando ahora con más fuerza que nunca contra aquella nube repugnante. Fue tan, tan grande ese sentimiento, que exclamó desde el fondo mismo de su corazón:

—¡Mañana alguien me tendrá que escuchar!

—¡Eso es! —exclamó el gran árbol—. ¡Debes hacerte escuchar!

Alguna vez ustedes deben de haber experimentado lo mismo que Bebta en ese momento. Bebta se sentía el salvador de la ciudad, casi podía oír su sangre corriendo vertiginosamente por sus venas, su corazón latiendo con fuerzas renovadas. Sentía algo parecido a cuando uno debe matar una gran araña que asusta a los hermanos menores, pero multiplicado por mil.

¡Otra vez iría a golpear las puertas de sus vecinos! ¡No le importaba que lo tildaran de loco!

—¡La nube negra, la nube negra ahogará la ciudad! —les diría.

Los obligaría a levantar los ojos hacia el cielo. A mirar y a ver.



Doce



El nuevo día llegó más gris que el anterior. Beba lo notó a pesar de que casi se moría de sueño y apenas podía abrir los ojos. Pero aunque les parezca doblemente extraño, las gentes de la ciudad no lo notaron. Se dieron cuenta, eso sí, de que la nube aún continuaba allí. Algunos, incluso, todavía esperaban que de un momento a otro se desatara una tormenta, otros, en cambio, la miraron camino a su trabajo sin hacerle demasiado caso, pues llevaban prisa. La nube fue tema en las noticias de mediodía, pero en la tarde ya todos la consideraban parte de la ciudad y hasta se hablaba de ella como si hubiese existido siempre.

Piensen un poco en esta ciudad. Imagínensela. Puede parecerse a la de ustedes, a la mía, a la de cualquier país del mundo. Tal vez es más pequeña. Sí, lo es. Pero, como todas las ciudades, tiene casas, calles, ave-

nidas, edificios, plazas y parques, grandes almacenes, industrias, hospitales, colegios. Por ellas transitan personas y animales. En las primeras horas de la mañana sus calles se llenan de gente, de buses, automóviles, transportes escolares; las fábricas comienzan a funcionar, los grandes almacenes abren sus puertas, los niños asisten al colegio. Todo es movimiento, agitación, unos van, otros vienen. Nadie mira hacia el cielo simplemente porque no quieren detenerse, porque si se mira el cielo mientras se camina, seguro se gana un porrazo. Detenerse en la ciudad es casi imposible. Entonces no se mira sino solo hacia adelante. Jamás hacia los lados. Menos hacia arriba, hacia el cielo.

Pero Bebta quería, necesitaba que todos o alguien se detuviera un momento y mirara hacia arriba.

Primero fue hasta la casa del vecino del frente, cuyo nombre no recuerdo ahora, ustedes perdonen. Golpeó la puerta con decisión. Realmente se sentía con las fuerzas para golpear todas las puertas de la ciudad. Además,

aquel vecino siempre le había parecido una persona amigable, aunque últimamente no le hablara, de seguro por todo ese asunto de los árboles y también, claro, porque en uno de sus enojos él había retado a uno de sus hijos.

—¿Recuerda la nube negra? —le dijo en cuanto el hombre abrió la puerta—. ¡Mírela! ¡Todavía está ahí! ¡Está creciendo, se alimenta de la ciudad! ¡Tenemos que buscar la manera de destruirla! ¡Tiene que ayudarme a avisar a los demás!

Pero tal como sucedió antes y también cuando Bebta trató de regalar sus árboles, ni ese vecino y tampoco los demás le hicieron caso. Como antes, muchos ni siquiera le abrieron sus puertas. Solo recibió insultos y le gritaron que estaba más loco que antes y que mejor se quedara en su casa con sus árboles, mientras pudiera, mientras no viniera el alcalde y lo echara y así el vecindario volviera a ser otra vez el vecindario elegante de siempre.

—¡Sí, porque no queremos gente loca por aquí!

Nadie, absolutamente nadie, se dio el trabajo de mirar al cielo.

Otra vez Bebta se sintió profundamente triste. De vuelta a casa, ya no era capaz de levantar los ojos del suelo, los llevaba fijos en la punta de sus viejas botas de cuero café. No lo escuchaban. A un viejo pobre y loco como él, nadie lo iba a escuchar (eso parecía realmente con su aspecto desgarrado, su mameluco raído, la barba y el pelo crecidos y hablando de una nube asesina). Llegó a casa y no comió. Y esa noche, cuando subió hasta el ático, no hizo más que llorar. Y es que estaba demasiado triste. Piensen si algo así les sucediera a ustedes. Además, no le importaba que su amigo



el gran árbol lo viera, porque era su amigo y también se había quedado toda la noche pendiente de la nube negra y estaba seguro de que durante el día había abrigado esperanzas de que alguien hiciera algo, de que la ciudad reaccionara.

—¡Nadie me escucha! —exclamó Bebta, ya sin aliento.

El gran árbol, que estaba tan abatido como él, no hizo sino lanzar un largo suspiro. No tenía muchas ganas de hablar porque comenzaba a enterarse de los estragos causados por esa enemiga de la vida que estaba ahí en el cielo.

Durante el día había podido oír los primeros llantos de los niños cuando la nube comenzó su labor de enfermarlos. Desolación. Eso era lo que traía. Y los únicos capaces de destruirla eran los hombres, pero estos no escuchaban. Salvo Bebta, por supuesto, porque Bebta, ya lo saben ustedes, y yo, y el gran árbol, no era una persona común.



Trece



quella noche Bebta y el árbol casi no hablaron. Cada uno se quedó pensando en la terrible tragedia que amenazaba a la ciudad y que era ignorada por la mayoría o que la mayoría se negaba a reconocer.

Después de un rato, bajó hasta el primer piso y se preparó una leche chocolatada, porque necesitaba pensar. Con la taza humeante en la mano, recordó a su amigo del boliche. Los últimos días lo había olvidado. Había estado demasiado ocupado buscando a las autoridades, preocupándose de sus arbolitos, porque, pese a todo lo que ocurría, no había dejado de prodigarles su cuidado. Sin embargo, ahora estaba muy, muy agotado. Demasiado triste. Casi sin esperanza. Necesitaba hablar con alguien más que el árbol. No era que lo despreciara, lo amaba, pero ahora necesitaba hablar con una persona. Era distinto hablar con un árbol que

hablar con una persona. Además, su amigo del boliche era su amigo de casi toda la vida. Y ahora sí, reconocía que debía contarle todo lo que estaba sucediendo con el árbol y advertirle también lo de la nube negra.

Cuando lo llamó, le respondió su mujer.

—Está en el hospital. Algo extraño le ha sucedido, porque tiene muchas dificultades para respirar. El doctor dijo que lo iban a tener que dejar con oxígeno hasta mañana.

Bebta colgó sin siquiera despedirse. Su corazón casi se detuvo de la impresión. ¡Su amigo, su amigo del boliche estaba enfermo y él sabía la causa, él sabía por qué, él no le había advertido!

Dejó la taza sobre la mesita de arrimo y subió corriendo hasta el ático para contarle al gran árbol. Después de escucharlo, este tardó un poco en preguntar:

—¿Estás seguro?

—¡Sí!

—Es así —reflexionó el árbol con voz desolada.— Sabemos que esa nube infame enferma a la ciudad, a los niños y a los viejos primero, a los animales y a las plantas. Lo hace en silencio y sigilosamente. ¿Te diste cuenta de que esta primavera hubo menos mariposas que la anterior y que las hojas de tus arbustos lucieron menos brillantes? ¿Te diste cuenta de que rescataste menos árboles, que las enredaderas que cubren algunas murallas tienen menos fuerza para aferrarse a ellas?

—De verdad, no lo había notado —dijo Bebta, sintiéndose un poco culpable—. He estado tan preocupado de los pequeños árboles. Solo de ellos.

—Sí —dijo el árbol—. La nube es muy astuta. Poco a poco nos acostumbra a su presencia, hasta que ya es demasiado tarde. Ella se alimenta del humo de las fábricas, de los autobuses, de las chimeneas, del polvo de la calle. Así crece para luego ahogarlos a todos. ¡En pocos días no solo tu amigo del boliche estará enfermo! ¡Todos lo estaremos! ¡Las plantas! ¡Los pájaros! ¡Nadie podrá respirar! ¡La ciudad va a perecer!

¡Es urgente que te hagas oír! ¡Debes hacerte oír!
¡Si la ciudad no se detiene, va a desaparecer!

Bebta era un luchador. Nunca se había dejado vencer por las dificultades o las penas. Ni siquiera cuando había muerto su esposa y se había quedado solo. Las palabras del árbol sacudieron en su interior todos aquellos bríos de juventud, cuando la pasión lo inundaba a diario. Convencido de que tenía que hacer algo, de que en sus manos estaba la salvación de la ciudad, exclamó lleno de un nuevo vigor:

—¡Esta vez iré a hablar con el Presidente de la República! ¡Tendrá que escucharme!

El gran árbol pensó que también él podía hacer algo. Pero no lo dijo. Recuerden que era un árbol viejo y que tenía sus costumbres, y una de ellas era no hablar de inmediato cada vez que algo se le venía a la mente.

La nube negra, mientras tanto, permanecía inmóvil sobre sus cabezas.

Catorce



Al día siguiente, tal como lo había hecho cuando fue a hablar con el alcalde por lo de sus árboles, Bebta se arregló lo mejor que pudo y salió, esta vez en dirección a las oficinas de Gobierno. Había mucha gente, demasiada. Se dirigió a un mesón que decía “Informaciones”. Levantó la cabeza y los hombros, y con voz muy firme dijo:

—¡Necesito hablar con el Presidente de la República!

Lo dijo con voz muy alta, aunque estaba casi seguro de que era imposible que le permitieran entrevistarse con la autoridad sin hacer una cita previa. Pero esa mañana Bebta se sentía capaz de luchar contra los imposibles, todos los que encontrara. Por eso se sorprendió doblemente cuando el hombre le preguntó:

—¿Trae el papel con el timbre?

—¿El papel?

—Sí. El Presidente atiende solo a las personas que traen el papel. Con un timbre, por supuesto.

—No —dijo—, no tengo ningún papel. Le ruego le diga al Presidente que Bebta desea hablar con él. Que es muy urgente.

—Va a tener que esperar —le advirtió el hombre, mostrando una pequeña sonrisa y, bajo ella, uno de sus dientes montado sobre otro—, porque el Presidente anda de viaje.

A estas alturas, Bebta ya había perdido la paciencia. Habían sido muchos los que lo habían tratado mal en las últimas horas, los que se habían burlado de él, los que lo habían llamado loco, los que simplemente NO LO HABÍAN ESCUCHADO. Además, recuerden que casi no había dormido la noche anterior. Que estaba tenso y realmente angustiado con todo lo que sucedía.

—¡Pues si no me puede atender el Presidente, necesito que me comunique con unos de

sus asesores! ¡Es de mucha urgencia! —rugió como ni él mismo creyó podría hacerlo.

Muchos están acostumbrados a reaccionar ante una voz fuerte y autoritaria, y el empleado del mesón era uno de ellos. Al escucharlo, retrocedió un poco, dio media vuelta y cogió uno de los papeles que tenía sobre el mesón.

—Le daré un pase para que lo atienda —le dijo, serio—. Espere un momento.

Ahora, Bebta no estuvo mucho rato en la sala junto a la demás gente. El asesor del Presidente salió casi de inmediato de su oficina. Traía una carpeta y un lápiz en la mano.

—Señor —dijo.

Bebta se puso de pie y se acercó lo más rápido que pudo.

—Usted dirá —dijo el hombre, una vez que ambos entraron en su oficina—. Me informó mi secretario que era algo urgente.

Bebta se puso nervioso. En realidad, cualquiera se pone nervioso cuando está en pre-

sencia de una autoridad por muy decidido que vaya y por muy claro que tenga lo que quiere decirle. Carraspeó un poco al comenzar.

—Me imagino que usted ha escuchado lo de la nube negra, la nube que hace ya unos días está sobre la ciudad.

—Algo —le respondió el hombre.

A Behta le pareció increíble que el asesor del Presidente le diera esa respuesta, pero no hizo ningún comentario. Tratando de parecer calmado y buscando las mejores palabras, le explicó:

—Bien. Creo que es necesario que la autoridad tome cartas en el asunto. Es algo muy grave. Si usted pone atención, puede ver que la nube crece minuto a minuto y que cada vez es más negra.

—¿Usted ha visto eso? —preguntó el hombre, colocándose el lápiz detrás de la oreja.

—Durante varios días y varias noches. Y no solo la he visto crecer día a día. También día a día he tratado de advertirles a todos. La nube es

una amenaza para la vida en la ciudad. Alguien me ha dicho que deja a su paso solo destrucción y muerte —aquí Behta tuvo cuidado de no decir quién le había dado esa información, no deseaba por ningún motivo parecer un loco; la vida de muchos estaba en juego.

—Mmm —dijo el hombre—, me parece grave lo que usted dice, pero temo que tendremos que esperar a que el Presidente regrese.

Entonces fue cuando Behta perdió de nuevo la paciencia.

Pero antes de saber lo que sucedió en la oficina del asesor del Presidente, volvamos un momento donde el árbol.



Quince



No sé si recuerdan que el gran árbol pensó en ALGO la última vez que habló con Bebta, pero no dijo nada. No quiso hacerlo porque sabía que la suya era una solución momentánea para combatir a la nube, y a lo mejor tanto o más difícil de lograr que la de los hombres. Los árboles y las plantas tienen sus leyes, y no es fácil romperlas. Ya había roto una muy importante. La que prohibía a las plantas, sucediese lo que sucediese, hablarles a los hombres en su idioma. Para lograr lo que se proponía, iba a tener que romper otra ley importante. No le quedaba otro camino.

Cuando Bebta salió en dirección a las oficinas de Gobierno, el árbol ya llevaba mucho tiempo observando la gran nube negra. La vio más claramente que Bebta, quien, con el apuro que llevaba, solo alzó la vista en el momento de cerrar la puerta del antejardín. El árbol, en

tanto, ya sabía cuánto había crecido la nube perversa durante la noche, y era tanto que casi no había en el cielo más espacio que para ella. Se dio cuenta también con qué dificultad regresaban los pájaros a sus nidos después de ir en busca de alimento. Apenas podían resistir el vuelo desde un árbol a otro, y él mismo se sentía más cansado que otras veces. Sus hojas estaban cubiertas de una especie de capa viscosa a la que se adhería el polvo del ambiente, impidiéndole respirar con normalidad. Además, la luz del sol, tan necesaria para la vida, era cada vez más escasa. Se dio cuenta también de que Bebta parecía más viejo, tenía la espalda más curvada y su andar era más pausado que el día anterior.

No deseo aburrirlos con descripciones científicas porque muchos de ustedes ya saben que las plantas (y los árboles son un tipo de planta) se alimentan a través de sus raíces y de sus hojas. Al hacerlo llevan a cabo un proceso por el cual absorben dióxido de carbono del aire y liberan oxígeno. El árbol no sabía exactamente cómo era que sucedía eso. Solo sabía que la nube estaba llena de dióxido de

carbono, porque, ya saben, durante muchos días y noches había estado observando de qué se alimentaba. Sabía además que a través de sus hojas podía consumir el dióxido de carbono que traía la nube y que por sus hojas también liberaba el tanpreciado oxígeno imprescindible para la vida en la ciudad. Él iba a acelerar ese trabajo al máximo para poder luchar contra la nube. Eso era extremadamente difícil, lo sabía, porque ese proceso debían hacerlo las plantas con tranquilidad y a ciertas horas, no en cualquier momento. Pero eso al noble árbol apenas le importaba; aún tenía fuerzas, y, al igual que Bebta, se sentía responsable de la vida en la ciudad.

Así, mientras Bebta se encontraba discutiendo con el asesor del Presidente, el árbol comenzó a acelerar su metabolismo al máximo. Abrió desmedidamente los poros de sus hojas y las obligó a respirar profundo una y otra vez. Una y otra vez. Una y otra vez. Casi podía oír como cada parte de su cuerpo se esmeraba en cumplir su tarea. Si ustedes lo hubiesen podido ver, habrían observado a un árbol sacudiéndose entero. Pero es imposible que ustedes lo vieran,

porque no estaban ahí en ese momento. Tampoco Bebta, que continuaba tratando de hacer entender al asesor presidencial lo importante que era que él hiciese ALGO.

Porque estaban hablando de la vida y de la muerte.

Dieciséis

Bestá enfermo de la cabeza! —exclamó Bebta, casi fuera de sí—. ¡Si usted espera al Presidente para tomar alguna medida, morirán cientos, miles de personas, de animales y también de plantas!

Cuando Bebta pronunció estas palabras, sintió que algo se le hundía en medio del pecho. No pudo dejar de recordar a sus miles de árboles creciendo en su patio.

—¡Debe hacerme caso! —gritó—. ¡Alguien en esta oficina tiene que atender a lo que está pasando! ¡Es una desgracia! ¡Yo lo sé, la nube está sobre todos nosotros y nadie quiere darse cuenta! ¡Solo necesitan mirar hacia arriba, mirar hacia el cielo! ¡Solo eso!

Bebta terminó de hablar y se desplomó en un sillón que había en una esquina de la oficina del asesor del Presidente. Apenas podía respi-

rar. Su cuerpo temblaba de pies a cabeza. Su frente estaba cubierta de gotitas de sudor.

Tal vez fue por eso o por el ímpetu con que había hablado o por el volumen de su voz, que el hombre no le respondió. Solo llamó por teléfono a alguien y pidió un vaso de agua para que Bebta pudiera calmarse. Y así fue. Después de un rato, cuando Bebta recobró la compostura, el asesor le pidió que lo acompañara a la terraza para ver la nube de la que hablaba. Una vez ahí, Bebta sintió que los ojos le ardían y que todo su cuerpo temblaba, pero esta vez de emoción. ¡Por fin alguien lo había escuchado!

—¡Mire! ¡Mire usted! —le dijo, indicando el cielo.

Es importante describir la cara que puso el hombre cuando vio, de verdad vio, la gran nube negra en el cielo con sus miles pero casi imperceptibles tentáculos bajando hasta la ciudad. Primero palideció súbitamente, pero después sus ojos se abrieron enormes y su boca también. Se quedó así largo rato. Los brazos

caídos a los lados. Imposibilitado de reaccionar. Ustedes pensarán: ¿cómo puede ser que una nube que cause tal impresión pueda haber pasado inadvertida? Pero fue así. Simplemente, porque las personas nunca miran hacia el cielo, nunca ponen atención a las señales de la naturaleza. Ni siquiera se fijan en sí mismos. No se habían dado cuenta de lo difícil que se les hacía cada día respirar, correr hasta el paradero del autobús y hasta simplemente caminar unas cuabras en forma enérgica. Pero ahora ya la nube estaba ahí. Como un gran monstruo con sus fauces abiertas a punto de engullirse todo lo que se pusiera a su alcance. El asesor del Presidente lo entendió así, y dejando a Bebta parado en medio de la terraza, corrió hasta sus oficinas y ordenó a todos la inmediata paralización de la ciudad.

—¡Los niños deben volver a sus hogares, los obreros a sus casas, las industrias deben detenerse al igual que los automóviles, el transporte, toda actividad!

—¡Hay que emitir un comunicado urgente por la radio y la televisión!

Después tomó el teléfono e hizo decenas de llamados. Al ver la reacción del asesor del Presidente, Behta se dio por satisfecho. Salió de las oficinas de Gobierno y regresó a su casa a pie. Cuando llegó, estaba casi anocheciendo. Le dolían todos los músculos del cuerpo, pero se sentía tranquilo. ¡Había logrado su propósito! Así es que, a pesar del esfuerzo que le significaba subir al ático, lo hizo. No podía dejar de comunicarle al gran árbol que había cumplido con su misión.

Cuando llegó, abrió la ventana de par en par.

—Me escucharon, por fin —le dijo al árbol—. Logré que el asesor del Presidente viera la nube negra. Las autoridades se encargarán de ver la forma de destruirla. ¿Qué te parece?

—Muy bien —dijo el árbol.

Nada más.

Entonces fue cuando Behta lo observó. Porque él esperaba, y con mucha razón, que el árbol se pusiera contento, moviera sus ramas,

lo felicitara de alguna manera. Pero, en cambio, la voz del árbol parecía apesadumbrada, sin ánimo, sin fuerzas. Lo miró detenidamente. Algo le sucedía. Sus hojas no lucían firmes y brillantes. Tenía el aspecto de un árbol al que nadie cuida, nadie riega. Lucía como un árbol enfermo.

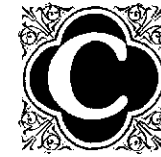
—¡Pero qué te pasa! —exclamó.

—¡No es nada! —le respondió el árbol—. Solo que ya estoy bastante viejo y necesito unas horas de reposo. Mañana me encontraré bien. Anda a dormir, porque me imagino que tú también estás cansado.

Behta lo miró otra vez y se dijo que sí, que podía ser que el árbol estuviera tan cansado como él. Habían sido días difíciles. Lo dejó al resguardo de la noche, bajó las escaleras del ático y se acostó de inmediato.



Diecisiete



laro que no lo habría hecho si hubiese sabido que el gran árbol se estaba muriendo. Pero, ¿cómo podía enterarse Behta de que el árbol había estado todo el día trabajando como una enorme máquina de vapor tratando de destruir aquella nube? No podía saber que había desafiado las leyes de la naturaleza exigiéndose más, mucho más de lo que podía resistir. Si Behta lo hubiese sabido, se habría quedado toda la noche con él. Acompañándolo. Aunque fuese en silencio. Le habría acariciado las hojas, las ramas, habría bajado hasta la vereda y se habría abrazado a su tronco para hacerle sentir todo su cuerpo, todo su amor. Pero Behta no lo supo. No se dio cuenta. Y aquella noche durmió mejor que nunca. Con una nueva felicidad en el corazón. La de haber sido escuchado. Haber logrado salvar a la ciudad.



A la mañana siguiente, el árbol aún seguía ahí, en la vereda del frente. Todavía era un gran árbol erguido hasta más allá del techo del ático de la casa de Bebta. Pero, en realidad, ya no estaba. En cuanto Bebta había bajado las escaleras, la noche anterior, se había dejado morir...

Sé que es algo difícil de escuchar o de leer, pero fue así. El gran árbol permitió que sus hojas se durmieran, que la savia que corría aún por sus tallos dejara de fluir. Ya no sentía dolor, ni cansancio, nada.

Y tuvo que llegar la noche para que Bebta reparara en ello, pues durante todo ese día se dedicó a los árboles de su casa. En medio de sus quehaceres, Bebta miraba el cielo y veía la nube todavía ahí, pero cada vez más palidecida, más débil, pues no tenía cómo alimentarse.

Las fábricas se habían detenido.

Ya no había transportes contaminando.

Muchos adultos habían tomado conciencia y habían resuelto no volver a fumar.

De vez en cuando también miraba al gran árbol. Pero así, a simple vista, no percibió nada extraño. Es difícil darse cuenta cuando un árbol ha muerto. Muchas veces los árboles mueren y nadie lo sabe. Solo nos enteramos cuando descubrimos que ya no dan más hojas o sus tallos comienzan a secarse y las polillas a habitar en sus restos.

Bebta lo descubrió por la noche, después de ver las noticias de la televisión, y fue porque escuchó su nombre en ellas y quiso subir a contarle a su amigo.

"El asesor del Presidente le ruega al señor Bebta que se comuniquen con él, porque la ciudad desea agradecer su gran gesto, su preocupación, su perseverancia. Gracias a él, la ciudad se ha salvado."

Al escuchar la noticia no podía creerlo. ¡Era a él al que llamaban por la televisión! ¡La ciudad reconocía lo que había hecho! Entonces corrió hasta el ático. Estaba seguro de que su amigo ahora sí que sacudiría sus ramas, lo felicitaría y se quedarían después hasta altas horas de la


madrugada comentando y haciendo recuerdos de todo lo sucedido. Estaba feliz. Abrió la ventana con fuerzas y se asomó a la noche fría.

—¡No tienes idea de lo que ha pasado! —exclamó con la voz llena de entusiasmo—. ¡Me están llamando por la televisión! ¡Seguramente el asesor del Presidente no tiene dónde ubicarme y entonces les ha pedido a los medios de comunicación que me llamen! ¿Te das cuenta? ¿Te das cuenta?

Una brisa fría le golpeó el rostro. Silencio. Bebta, en realidad, no podía ni siquiera sospechar que algo así hubiese sucedido. Recuerden que el árbol no le había comunicado lo que pensaba hacer. Sin embargo, un extraño presentimiento remeció el corazón de Bebta. Miró bien al árbol y entonces notó que sus hojas caían lacias desde sus ramas. De pronto sintió más enorme que nunca el silencio de la noche. Sintió la ausencia de la voz del árbol.

Nadie respondía a su felicidad.

Entonces lo supo.

A stylized illustration of a man with a long, thin face and a blue suit, standing next to a large tree. He is looking up at the tree with a concerned expression. The tree has brown branches and some green and brown leaves. The ground is green with some fallen leaves.

Pero lo que nunca supo fue por qué había muerto. Ni lo sospechó. Ni siquiera esa noche, a pesar de que bajó del ático, cruzó la calle y permaneció hasta la madrugada abrazado al árbol.

Dieciocho

Bebta anduvo triste durante mucho tiempo. A pesar de que su amigo del boliche se había mejorado, de que ahora era respetado por todos. A pesar de la gran celebración que el Presidente de la República había hecho en su honor. Y de algo muy, pero muy importante: de que por fin había conseguido que plantaran sus pequeños árboles por toda la ciudad y hasta en frente de las casas de todos los vecinos que antes lo rechazaran. Ahora, gracias a sus miles de arbolitos, la ciudad iba a estar mucho tiempo a salvo de la nube negra o de cualquier otra que intentara meterse en el cielo, y todos se lo agradecían y lo felicitaban por su gran labor en favor de la comunidad.

No obstante, estuvo muy triste. Ustedes saben por qué.

Pero como todo pasa, un día la tristeza de Bebta desapareció.

Fue cuando reflexionó y se dio cuenta de que el gran árbol, en verdad, no había muerto, que vivía en cada uno de sus hijos repartidos por la ciudad, y más allá.

Pero lo fue mucho más cuando descubrió un nuevo y vigoroso pequeño brote asomándose entre la hierba del frente de su casa y se percató de que había nacido de una de las últimas semillas entregadas a la tierra por su amigo. Con el corazón henchido de dicha, decidió que lo dejaría ahí, que no lo trasplantaría como a los demás, para que creciera en el lugar donde había vivido su padre. Para que pudiera ver la ciudad como la había visto su padre y se regocijara con el sol y con las nubes, con los pájaros y los niños y las mariposas y gatos que había en la cuadra.

Y porque, además, era como tener otra vez a su amigo árbol. Una parte importante de él.

Un árbol que crecería grande y hermoso.

Y valiente y generoso. Nosotros lo sabemos, ¿no es cierto?

Ese día, Bebta se puso tan, tan feliz, que le dieron ganas de correr y de saltar y de gritar:

—¡Qué feliz soy! ¡Qué feliz soy!


Se puso así de contento, aunque sabía que nunca llegaría a verlo tan grande como a su padre, porque para que un árbol pueda llegar a ser así transcurren muchos, muchísimos años y él ya estaba viejo y probablemente no alcanzaría a vivir tantos más.

Pero a Bebta eso no le importaba.

Y nosotros sabemos por qué.

¿No es cierto?






Por eso fue también que yo quise contarles esta historia.

La de Bebta, el rescatador de árboles y su árbol grande frente a la pequeña ventana del ático de su casa.



Apéndice





Última entrevista que se le realizó a Bepta en la televisión

—Señor Bepta, tengo entendido que esta es la última entrevista que usted dará a la televisión.

—*Así es. Quiero volver a mis árboles, a mi casa. A mi vida de siempre.*

—Pero usted ya no volverá a ser el de antes. Ahora es famoso. Es el hombre que salvó la ciudad, que ha inspirado a miles de jóvenes a seguir su ejemplo.

—*Eso me alegra, pero debo volver a lo mío.*

—Pero ya no necesita hacerlo. Hay cientos de personas buscando árboles que rescatar, cuidando de la naturaleza, plantando árboles en frente de sus casas. Se han dictado leyes que obligan a los alcaldes a construir más plazas, más parques, a plantar árboles en los estacionamientos de autos.

—*Así es.*

—Usted no ha querido nunca dar la identidad de aquel que le alertó sobre la nube negra.

—Nunca lo haré. Sé que a él no le habría gustado. Era demasiado humilde.

—¿Nos puede decir algo de... él?

—Bueno, fue un gran amigo. Fue amigo de muchos, aunque no se dieran cuenta. Era feliz en la compañía de los pájaros.

—¿Pájaros?

—Sí. Y de los insectos. Le gustaba el viento, la lluvia, el sol. Amaba la vida.

—Se parecía a usted.

—El era un poco más viejo. Y también más silencioso.

—Bueno, señor Bebta. ¿Qué nos puede contar de su vida?

—No hay mucho que hablar de mí. Soy solo un viejo, un poco loco, dicen por ahí.

—Nadie podría decir eso de usted, señor Bebta.

—Usted no lo creería, pero sí, algunos lo creen, pero eso ya no tiene importancia.

—Me han dicho que usted quiere entregar un mensaje a los niños y jóvenes. Tiene usted

el micrófono, señor Bebta. Es un honor servirle.

—En realidad, no sé cómo decirlo. Me siento un poco torpe.

—Solo dígalo, señor Bebta. Lo escuchamos.

—Últimamente he estado estudiando algo más acerca de la contaminación y sus consecuencias para nuestro planeta... No. No. En realidad, no sé cómo decirlo. No es de esto de lo que quiero hablar, me han pedido que lo haga, dicen que es muy importante, que viniendo de mí cobrará valor, pero yo..., yo solo soy un viejo rescatador de árboles..., no sé dar mensajes para que los niños aprendan, no sé hablar bien. Yo solo quiero que sepan que todo lo que hice fue porque me hacía feliz. Yo... era feliz viendo crecer aquellos brotes, me emocionaba cuando los regaba sabiendo que ellos bebían el agua con avidez, yo... no podía dejar a uno sin rescatar sabiendo que podía morir bajo las pisadas de los que no lo veían. No podía elegir. Los consideraba mis hijos. Por eso fue que llené mi casa de árboles. No estaba pensando en la ciudad, ni en

el país, ni en el planeta. Solo pensaba en mis árboles. Y entonces sucedió lo de la nube. Mi amigo, mi gran amigo me lo advirtió. En esos días me sentí muy pequeño, buscando ayuda, pidiendo que me escucharan, vi con horror como aquella amenaza estaba sobre nosotros y nadie se daba cuenta, hasta que... Bueno, ustedes conocen la historia. Ahora todo estará bien. Todo estará mejor.

—Así es, todo estará mejor.

—Sí, estará mejor.

**Algunos de los mails que recibió
Bebta después de que apareciera en
los diarios y en la televisión.**

Sr. Bebta.
Presente.

Estimado Señor Bebta. Antes que todo, quisiera decirle lo muy orgulloso que me siento de tener personas como usted viviendo en mi ciudad. Si no fuese por usted y por su perseverancia, quizás qué habría sucedido con nosotros. Sobre todo con los niños, los viejos, los animales y las plantas. Yo le quiero contar que a mí me gustan mucho

los árboles y también que tengo un perro que se llama Bobby que tiene un árbol preferido para hacer su necesidad de pipí. Por eso es que me dio tanto gusto cuando lo vi en la televisión. Y decidí escribirle para darle las gracias por hacer todo lo que usted hizo. Muchas, muchas gracias.

Juan Antonio M.

Sr. Bebta.
Presente.

Querido señor Bebta.

Quise escribirle porque usted no sabe lo arrepentido que me siento de haberlo tratado como la traté aquella vez que usted pasó por mi casa ofreciendo árboles. Le prometo que nunca más haré algo así. Lloré mucho cuando supe todo lo que usted había sufrido, entonces mi mamá me dijo: llama al Sr. Bebta o escríbele y pídele disculpas, así tu corazón se sentirá aliviado. Y es verdad. Ahora que sé que usted leerá esta carta me siento mucho mejor. Yo lo quiero mucho porque usted salvó a mi hermanito de enfermarse, ya que él es muy débil y siempre sufre de bronquitis. Bueno, otra vez perdón y muchas gracias por ser tan bueno. Lo quiere mucho.

Agustín G.

Sr. Bebta.
Presente.

Amigo Bebta.

Disculpe que lo llame mi amigo, pero usted se ha convertido en eso para mí. En un amigo. Quiero que sepa que le mando este mail en nombre de todos los niños del club Vida Amable que está en la población donde yo vivo. Cada día se acercan más niños a nuestro club y tenemos la tarea de mantener limpia la cancha en la que jugamos a la pelota los sábados y los domingos. También hemos decidido plantar árboles alrededor de ella para tener sombra y para que se vea más bonito. También para tener aire más puro. Algunos de nosotros hemos rescatado algunos arbolitos de los potreros y los estamos cuidando para luego plantarlos en la cancha. Otra cosa: estamos haciendo una campaña para que cada vecino plante un arbolito frente a su casa y lo riegue y lo cuide. Así, nuestra población se verá más bonita. Todo eso no habría sido posible sin usted. Lo queremos mucho. Los socios del club pagamos 500 pesos mensuales para comprar las camisetas del club y ahora fuimos a la ferretería a comprar una pala para poder hacer los hoyos para plantar los árboles, una pala de nuestra

propiedad. Le voy a dar el nombre de los socios del club que estamos escribiendo esta carta. Lo que pasa es que no alcanzo a escribir el nombre de todos los asociados, por eso solamente pusimos a los que están aquí. Gracias de nuevo y un abrazo muy, muy apretado.

*Julián, Pedro, Rodrigo, Jonathan,
Elizabeth, Juan Carlos, Eduardo, Teresa,
Alejandra, Soledad, Raúl, Jeremy, Patricio,
Liliana, Mónica, Bryan, Cecilia, Judith,
Nicolás, Rosita, Agustín, Pamela, Héctor,
Margarita, Giannina, Magdalena, Sarita,
Claudio.*

(Las niñas nos hacen barra)

(Yo soy Jeremy)

Sr. Bebta.

Hola, señor Bebta. Mi nombre es Pablo, igual que Pablo Neruda. Mi papá dice que también soy poeta y que quizás algún día obtenga el Premio Nobel de Literatura. Decidí escribirle un pequeño poema en agradecimiento a lo que usted hizo por todos nosotros.

En el cielo hay una nube
que nos quiere devorar.
¡Qué horror!
Llamen a Bebta, llámenlo
solo él nos puede salvar.

El cielo estaba celeste
y la nube negra llegó.
Quería ahogarnos a todos,
pero Bebta no la dejó.

Cantan alegres todos,
corren por la ciudad,
unos bailan, otros ríen,
¡tanta es la felicidad!

Con cariño, Pablo.

Sr. Bebta.

Yo solo quiero darle las gracias por todo. Y le mando este dibujo que hice para usted. Me gustaría mucho dárselo en persona, pero vivo en otro país. Hasta aquí ha llegado su historia. La traje alguien que nadie sabe quién es. ¿Usted lo sabe? Bueno si lo sabe me lo manda decir. Un abrazo y un beso.

Anita.

